

U

letras



VICENTE BLASCO IBAÑEZ

[1867/1967]

por José Emilio Pacheco

Por espacio de muchos años y hasta fines de la segunda guerra mundial, Vicente Blasco Ibañez fue el más leído entre todos los escritores del idioma español. Hoy, al parecer, ya nadie o casi nadie lo recuerda. Un melancólico proverbio inglés sentencia que *One generation's taste is another generation's vomit*. Blasco Ibañez pasó con su época, quedó fechado en las películas de su intérprete Rodolfo Valentino. Y sin embargo, la pasión que acompañó toda su vida perdura al juzgarlo. En manuales e historias literarias se le archiva sin más trámite como un "gran escritor" o se le dedican opiniones tan demolidoras como esta de un crítico reciente:

"Buscar en la obra de Blasco Ibañez valores literarios, como en sus grandes contemporáneos, es tarea inútil, como lo es buscar una ideología que en modo alguno empareje con la del 98. Perteneciendo cronológicamente al período, las preocupaciones, los temas de otros escritores e ideólogos no aparecen en el escritor valenciano, cuyo espíritu, en lo que al estilo y el pensamiento atañe, pertenece de lleno al siglo XIX. Su naturalismo, sin embargo, es más impulsivo que metódico: toma de Zola los principios, mas no los procedimientos, con lo que llega, sin embargo, a resultados, si más brillantes, tan inconsistentes como los del pontífice de Médan. Su prosa, como su vida, es arrebatada y vulgar. Su sensibilidad no recoge más que lo impetuoso, lo ordinario: huele a sudor y a sexo, con apetitosas vaharadas de paella valenciana. Su retina deslumbrada de meridional sólo se abre a la luz solar, a las grandes masas de color, sin captar las delicadezas ni los matices; del mismo modo, sólo advierte del hombre acciones externas que describe a grandes rasgos, sin profundizar en los motivos; y cuando pretende hacerlo, la psicología de sus personajes resulta pobre y convencional. Lo mejor de Blasco Ibañez es el paisajista de su primera época; del resto de su obra sólo quedan argumentos bien trabados para el cine." [Gonzalo Torrente Ballester, *Panorama de la literatura española contemporánea*.]

Hay una ambigüedad esencial en el juicio sobre un autor del pasado ya no inmediato. Si no se trata de un estudio académico, la única forma de juzgarlo es situar su obra *entre nosotros*, ver lo vivo y lo muerto de ella con una mirada que difiere de la de ayer y es distinta por fuerza de aquella con que la mirarán mañana. Pero la supervivencia, la capacidad de renovarse con las sucesivas generaciones de lectores, es la excepción y no la regla literaria. Si todo pasa y muere y nada queda ¿cómo exigir que la literatura siempre permanezca?

Nuestros juicios nos juzgan y el despectivo acecha a toda crítica. Nadie está libre de la tontería militante y razonadora. Y la impopularidad del pasado es el terreno más fértil para que podamos ser —en pro o en contra— inteligentemente estúpidos.

Blasco Ibañez se encuentra tan lejos que al ensalzarlo o deturparlo impunemente el riesgo crítico se diría reducido al mínimo. Por eso la única opción posible es el intento de entenderlo.

El 28 de enero de 1867, el mismo año de Rubén Darío y Luigi Pirandello, Vicente Blasco Ibañez nació en Valencia. Precoz en sus ambiciones literarias y en sus ideas políticas, a los dieciséis años dejó la casa familiar para "vivir de su pluma" en Madrid. Amanuense del folletínista Manuel Fernández y González [1830-1888, autor de quinientas novelas entre ellas *El pastelero de Madrigal* y *El condestable don Alvaro de Luna*], es fama que de él aprendió Blasco su mayor virtud, la amenidad, y su peor vicio, la nula voluntad estilística. Tras la huella del maestro redactó su primer libro *El conde Garcí Fernández*, al que siguieron relatos, poemas, dramas, libros de viaje —fruto del destierro causado por sus actividades antimonárquicas— y hasta una *Historia de la revolución española* en tres volúmenes.

De romántico tardío pasó a epígono del naturalismo cuando descubrió el vasto, inexplorado material que le daba su propia tierra. Las opiniones de ayer y hoy se

remansan y coinciden en que el ciclo regionalista es lo valioso de su producción: *Arroz y tartana* (1894), *Flor de mayo* (1896), *Cuentos valencianos* (1896), *La barraca* (1898), *Entre naranjos* (1900), *Cañas y barro* (1902). Por esa época se opuso a la entrada de España en guerra contra los Estados Unidos, desde las columnas del diario *El Pueblo*, fundado y a veces íntegramente redactado por él. En 1903 representó a Valencia en la diputación y destacó por su oratoria entre los republicanos. Decidido a no confinarse en un costumbrismo de la atrocidad, publicó novelas que ocurrían más allá de Valencia (*La catedral*, *El intruso*, *La bodega*, *La horda*, *La maja desnuda*, *Sangre y arena*, *Los muertos mandan*, *Luna Benamor*), inclusive *Sónnica la cortesana* que transcurre en Sagunto durante las guerras púnicas. (Se ha citado entre sus modelos al Flaubert de *Salambó*, a Pierre Louys, a Anatole France; se olvidan las inmediatas narraciones de Juan Valera sobre la antigüedad fenicia y romana del Mediterráneo español.)

En 1909 abandona provisoriamente la agitación política y la tarea literaria. Intenta fundar una colonia valenciana en el Río de la Plata y escribe, como réclame, *La Argentina y sus grandezas*. Al fracasar el proyecto, resuelve en definitiva industrializar sus dones, convertirse en un novelista del gran público. Mucho antes de *Los argonautas* (1914), ya sus obras se habían publicado dondequiera y los millones de ejemplares vendidos le concitaban el desprecio hostil —y desde luego envidioso— de toda la *intelligentsia* española. Pero el gran éxito universal sobrevino a raíz de la primera guerra.

Defensor incondicional de Francia y los aliados, hizo una *Historia de la guerra europea* antes de acertar en el blanco del gusto mayoritario con *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), seguido de *Mare Nostrum* y *Los enemigos de la mujer*. En 1920 pasó por México y recorrió en triunfo los Estados Unidos; las universidades le dieron títulos honoris causa y se dice que cada uno de sus reportajes sobre *El*

*militarismo mexicano** fue pagado a mil dólares.

Cuando sube al poder Primo de Rivera, Blasco Ibáñez se instala en su quinta francesa de Menton, ya dueño de su propia editorial Prometeo y de crecientes regalías por concepto de traducciones y adaptaciones cinematográficas. En su principio está su fin: las obras de su última etapa son como folletines histórico-actuales de un Fernández y González que hubiera alcanzado las ventajas de la máquina de escribir y el dictáfono (*A los pies de Venus, El Papa del Mar, En busca del Gran Khan, El Caballero y la Virgen*). Al tiempo que textos políticos (*Por España y contra el rey, Lo que será la República Española*) da a conocer *La vuelta al mundo de un novelista, La reina Calafia, Novelas de la Costa Azul*. Muerto el día que cumplió sesenta y un años, su último libro póstumo fue *La voluntad de vivir*. Ni siquiera el anterior catálogo es suficiente para abarcar en su pluralidad las actividades que realizó y los títulos que dio a la imprenta Vicente Blasco Ibáñez.

Se le comparó con Sorolla y Solana; su arte parece hoy tan interesante históricamente y tan muerto en términos de vigencia estética como el de aquellos pintores: quizá la importancia del primer Blasco Ibáñez se deba a la "toma de conciencia" que sus libros de juventud significaron. Como ningún otro novelista español del xix, Blasco Ibáñez tuvo presente la "cuestión social": la existencia de la pobreza. (Toda la narrativa peninsular de la pasada década que redescubrió el naturalismo por vía de Norteamérica e Italia, tiene un antecedente menos oscuro de lo que podría suponerse en el Blasco regionalista.)

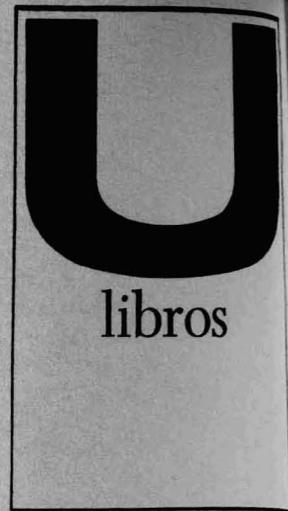
Con los personajes de la Huerta y la Albúfera valencianas, con Batiste y Pimentó de *La barraca*, con los pescadores de *Flor de mayo*, los explotados, los desposeídos aparecen en la novela española acaso por primera vez como tales. Ya no consideran la pobreza un designio divino o el orden natural de la sociedad, sino una injusticia, un abuso en que se finca el bienestar de la minoría. Esto que hoy es tan obvio no lo era en la España finisecular, y nada le costaba a Blasco Ibáñez prodigarlo en las descripciones y en los parlamentos de sus novelas: "Por las tablas en pendiente que unían las barcas con el muelle iban pasando pies descalzos, calzones amarillos, caras tostadas, todo el mísero rebaño que nace y muere en la playa, sin conocer otro mundo que la extensión azul. Esta gente embrutecida por el peligro, sentenciada tal vez a muerte, iba al mar para que otros seres vieran sobre su blanco mantel los moluscos rojos que huelen a violeta y tienen el aspecto de joyas de coral, los suculentos pescados con su mortaja de apetitosas salsas. La miseria iba a lanzarse en el peligro para satisfacer a la opulencia."

* En las páginas de *El Militarismo Mexicano* Blasco Ibáñez anuncia que empleará sus observaciones en una novela —jamás publicada y quizá ni siquiera escrita: *El águila y la serpiente*. Al dar este título a su libro Martín Luis Guzmán ¿tuvo presente a Blasco y quiso refutar a *El Militarismo Mexicano*?

O bien: "¡El pan!... ¡Cuánto cuesta ganarlo! ¡Y cuán malos hace a los hombres!... "Alguna vez se habían de imponer los pobres y quedar los ricos debajo." En *Sangre y arena* —pauta de todas las películas y dramas radiofónicos acerca de toreros, y libro que todos desprecian como una españolada, epítome de la visión panderetística de España, pero que en realidad es una novela contra la fiesta taurina y destaca el horror antes que el color del toreo— el bandido "Plumitas" subraya coloquialmente esa insistencia de Blasco en la atrocidad de la miseria y el efecto que causa en quien la padece: "Yo he visto lo que es la gente. El mundo está dividido en dos familias: esquilaos y esquilaos... Lo que el probe necesita es justicia, que le den lo suyo; y si no se lo dan, que se lo tome... No les tengo miedo a los siviles [la Guardia Civil]. A quien temo es a los probes. Toos son güenos pero ¡qué cosa tan fea es la pobreza!

Blasco Ibáñez ¿fue un hombre de izquierda? Si examinamos *El militarismo mexicano* —libro que cuenta en nuestro *Index* no escrito— podemos apreciar hasta qué punto se le escapó el fenómeno revolucionario y sólo apreció en la trágica lucha thermidoriana de sus generales contra Carranza la acción de unos "tiranuelos de pistola" sin "más alcance moral que el de movimiento militarista y personalísimo." Hasta opinó, llevado de un racismo inconsciente: "Deseo un Méjico verdaderamente moderno, dirigido por hombres civiles y cultos, de los que han viajado y tienen *mentalidad de blanco*. La Revolución —antes y después del Plan de Agua Prieta, origen de todos los gobiernos subsecuentes— le pareció "falsa", "incoherente", perpetradora de "fechorías estúpidas". Aunque muchas de sus críticas contra los hombres del México que fue la nación más militarizada de América (de 1821 a 1921 los especialistas han contado cerca de mil rebeliones, pronunciamientos, cuartelazos) son esencialmente justas y dignas de ser revisadas sin la pasión que todos los mexicanos alimentamos contra este libro, Blasco Ibáñez —brusco hispanista— no fue capaz de considerar que el origen del militarismo es precisamente la estructura del régimen colonial y el "caudillo", el "General-Presidente", un producto tardío del género de autoridad impuesta por el imperio español.

Vicente Blasco Ibáñez fue el primer escritor industrial que existió en los países de nuestro idioma; fue un hombre que renunció al ascetismo literario del xix para adelantarse a la visión del xx del escritor como "celebridad" y figura pública; fue un desengañado que al ver la "fama póstuma" como algo grotesco, quimérico, sin sentido, optó por el reino de este mundo; un prosista que no creyó en el arte de la prosa —y hoy, un siglo después, encuentra su penitencia en sus pecados.



libros

Francisco de la Maza: *Adriano, el último dios del mundo clásico*. UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, Estudios de Arte y Estética, 10. México, 1966.

Lo primero que a alguien se le ocurriría preguntar al enterarse de la aparición de este libro sería, tal vez ¿qué sentido tiene en nuestro medio un estudio sobre la antigüedad romana decadente? ¿No hay suficientes cosas descuidadas en México —en la historia de la cultura y en la historia del arte— para que andemos rastreando las trazas del bienamado de Adriano? E independientemente de los valores intrínsecos del libro que reseñamos, cabe contestar que, precisamente, en un momento cultural como el que vivimos, que a fuerza de preocuparse por las cosas propias parece que se encierra hasta el grado de olvidar las ajenas, libros como el presente (o como el *Miguel Angel* de Justino Fernández, v. gr.) cumplen una función eminente: la de recordarnos que México no es una isla cultural (sobre todo, que no debe serlo), la de hacernos sentir partícipes de una aventura humana que es mucho más amplia que la partícula que a nuestro país corresponde en la historia de la cultura, por importante que ésta pueda ser. La segunda pregunta que aquel nuestro supuesto aprensivo podría hacerse es: ¿qué anda haciendo Francisco de la Maza, el mejor conocedor del barroco